SEGUNDA PARTE.

SI con el primer Romance,
noble Auditorio, y discreto
no le di fin á la Historia,
atencion, que ya comienzo.
Ya sabran como quedaron
Doña Isabel, y Don Pedro
muy unidos, y conformes
en su feliz casamiento,
y deseosos de hallar
Embarcacion en el Puerto,
para enviar al Esclavo;
que el que es Noble, y Cavallero
se porta de aquesta suerte;
y andando con grande anhelo,
todos los dias salian
el Principe con Don Pedro
à divertirse á la Playa
y una tarde quiso el Cielo,
que estando los dos sentados
en el Muelle, llegò al puerto,
un Navio de Irlandeses
que les faltó bastimento
para seguir su viage,
y el Cavallero à este tiempo
se metió en la Embarcacion,
y à el Piloto Marinero
le preguntò donde iba?
y le respondió diciendo
para la Ciudad de Argél
ciertas mercancias llevo,
que allà tengo buen despacho
y le dice el Cavallero:
Amigo, si usted pudiera
sacarme de aqueste empeño,
que hay en mi casa un Esclavo,
que ha servido mucho tiempo
á sus Amos lealmente,
y prometido le tengo,
de darle la libertad;
y de ponerlo en su Reyno;
y si usted quiere llevarlo,
pagaré el viage luego;
dixo que si, y lo ajustaron
el transportarlo en cien pesos.
Se desdiniò vigilante,
fue á su Casa el Cavallero,
y le dice: Esposa mia,
has de saber, que ya tengo
el viage negociado,
y embarcacion en el puerto,
para que lleve el Esclavo
á su tierra con acierto:
mañana por la mañana,
si viene feliz el viento,
tiene de ser la partida;
y la Dama con contento
pidió licencia á su Esposo,
y se la concedió luego,
para hacerle una fineza
à el Principe por el premio
del Toysón, y la Venera,
y en aqueste mismo tiempo
sacò un collar de esmeraldas,
y un anillo de los dedos
de Zafiros, y Rubies
con esmaltes de gran precio,
y le dice, Toma, Moro,
estas dos prendas te entrego,
y en llegando à ver tu Esposa,
dile, que yo se la ofrezco,
para que de mi se acuerde
ahora, y en todo tiempo;
y asi que amaneció el dia,
con grande acompañamiento
salieron hasta la Playa
adonde se despidieron.
Entrò el Turco en el Navio,
largan las velas á el viento,
y dentro de pocos dias
desembarcan en el Puerto
de la gran Ciudad de Argel,
y el Principe muy contento,
se despidió de la gente,
y à nadie contó el suceso:

se

se fue para su Palacio,
y asi que se vido dentro,
llegó donde está su Padre
estas palabras diciendo:
Dulce prenda de mi vida,
ya permitieron los Cielos,
que tengais á vuestra vista
á tu Hijo prisionero,
que en la Ciudad de Alicante
encontié un Amo tan bueno,
que asi que supo quien era.
me hizo muchos cortejos,
y me dió la libertad,
y á costa de su dinero
me ha traido á tu presencia
y esto merece gran premio;
alborotóse el Palacio,
y la Princesa á este tiempo
acudiò despavorida,
á ver á su amado Dueño
hechos sus ojos dos mares,
le echó los brazos al cuello:
sacó el collar, y el anillo,
estas palabras diciendo.
Recibe allà estas dos prendas,
que por presente te ofrezco
del Ama que yo tenia,
porque hagais memoria de ello:
las recibió la Princesa;
se puso el collar al cuello,
y juntamente el anillo
en sus muy hermosos dedos.
intentaron en hacer
muchas fiestas, y torneos,
en gloria de que ha venido
el Principe á ver su Reyno:
Dexemos en su alboroto
á los Moros, mientras vengo
á la Ciudad de Alicante,
y digo, que el tal Don Pedro
se le ha ofrecido un viaje
á Cartagena del puerto,
à tomar un Mayorazgo,
que le viene de derecho;
llevò consigo á su Esposa,
y á su muy querido suegro
y consigo una criada;
una tarde se partieron
de la Ciudad de Alicante
en un Barquillo pequeño;
pero la fortuna adversa
le ocasionò un mal encuentro,
tres Navios Argelinos
delante se le pusieron,
y sin poder resistirse,
los apresaron, y luego
asieron à la Señora,
y asi que vido Don Pedro,
que su Esposa está Cautiva,
lleno de rabia, y veneno
saltò dentro de un Navio
mil travesuras haciendo,
á unos hiere y à otros mata,
à otros derriba en el suelo,
à otros arroja á la mar,
adonde alli fenecieron.
Y viendo el daño que hacia,
y que no pueden prenderlo
hacen una estratagema,
que era echarle un lazo al cuello
y asi que lo sujetaron,
me lo amarraron à un leño,
y à la gran Ciudad de Argel
en breve la vuelta dieron,
van á darle cuenta al Rey
de la presa que habian hecho,
y como traen maniatado
á un vigilante mancebo,
que mató cinquenta Moros,
y heridos mas de otros ciento,
y á no haberle sujetado,
diera fin de todos ellos;
el Rey que atento escuchaba,
mandò que luego al momento
lo lleven á una mazmorra,
y que lo carguen de hierro,
luego que traigan dos potros,
y atado á la cola de ellos,
lo arrastrasen por las calles
porque sirva de escarmiento;

Y

y que despues de arrastrado,
con unos garfios de hierro
le hiciesen quatro pedazos,
y á la mar lo echasen luego.
La hermosa Doña Isabel
viendo á su querido dueño
metido en tanto peligro,
eran tantos los lamentos,
las lagrimas, y suspiros,
que ablandan el duro acero,
y asi que alcanzò á saber
como se hallaba en el Puerto
de la gran Ciudad de Argel,
aqui tomò algun consuelo:
Pidió licencia á su Amo,
que le concediese luego
la dexase ir à Palacio,
por ver si hallaba un empeño:
el Amo se lo concede,
como haciendo mofa de ello,
y tambien le dió dos Turcos
para su acompañamiento;
iba la noble Señora
por las calles de este Pueblo
tan triste, y desconsolada,
que parece un misionero;
llegò cerca del Palacio;
quando en este mismo tiempo
la Princesa que escuchaba
el alboroto, y estruendo,
vió venir à los dos Turcos,
y enmedio aquel Angel bello,
y que venia llorando,
los llamó con un pañuelo,
y ellos acudieron prontos,
mil reverencias haciendo.
La hermosa Doña Isabel
viendo que tenia al cuello
aquel collar de esmeraldas,
pronta le miró à los dedos,
y conociendo el anillo,
estas palabras diciendo:
Cierto es, hermosa Señora,
que esas dos prendas que vèo
puestas en vuestra persona,
fueron mias algun tiempo,
yo se las dí á vuestro Esposo
quando estaba prisionero.
Zayra que atenta escuchaba,
le respondió asi, diciendo:
Pues dime tu de donde eres?
y le respondió al momento:
de la Ciudad de Alicante
soy para el servicio vuestro,
mi nombre es Doña Isabel,
mi Esposo Don Pedro Azedo
el qual libró á tu marido,
y lo traxo á aqueste Reyno,
y hoy está en una mazmorra
entre prisiones, y hierros
y está sentenciado á muerte,
y asi, Señora te ruego,
que seaís mi medianera,
pues, que tan sola me veo.
Apenas aquesto oyò
Zayra, se partió al momento
à buscar á su marido,
que está en la cama durmiendo,
dice: despierta Jamete,
que has de saber por muy cierto
que está aqui Doña Isabel,
y tambien Don Pedro Azedo,
y el que has metido en prisiones
para dar castigos fieros,
es el que te libertó,
y te traxo á aqueste Reyno,
y ahora es preciso le ampares,
porque à Ley de Caballero,
obras con obras se pagan,
y mas si se estan debiendo.
Jamete, que aquesto escucha
partió al balcon como un trueno
cònoció à Doña Isabel,
y le mandó entrar à dentro;
y al punto despachó un posta,
en que sacasen al Reo,
y lo traygan à Palacio,
sin que le agravien un pelo,
lo executaron al punto,
y asi que los dos se vieron,
tier-

tiernamente se abrazaron,
como amigos verdaderos,
Jamete dixo: Señor
como se truecan los tiempos;
de quando fui vuestro esclavo,
muchas finezas te debo,
estoy muy agradecido,
y ahora pagartelas quiero.
Estuvieron en Palacio
mas de dos meses, y medio,
de todos bien asistidos;
y acabados los Torneos,
dixo Don Pedro: Señor,
ya me parece que es tiempo,
que me dexes ir á España,
que gran falta estoy haciendo.
Mandó el Rey luego al instante,
que aprestasen en el Puerto
quatro Navios de guerra
con toditos sus peltrechos
para que le acompañasen,
porque puedan defenderlo;
y á otro dia de mañana
con musicas, è instrumentos
le acompañó hasta la Playa,
y tambien le dió un Navio,
con gran porcion de dinero
para que de èl se sirviese.
Cortesmente se despiden,
navegando á vela, y remo,
y dentro de quatro dias
llegaron á ver el Puerto
de la Ciudad de Alicante,
y el valeroso Don Pedro
con su vandera de paz,
à recibirlo salieron,
haciendo rumbosas salvas,
y quando contò el suceso,
todos quedaron pasmados,
y en aqueste mismo tiempo
pagò muy bien el viage
á los que con el vinieron;
luego los quatro Navios
á sus tierras se volvieron,
y ellos saltaron en tierra
muy alegres, y contentos,
dandole á Dios muchas gracias,
y à la Reyna de los Cielos.
Y ahora Juan Josef Lopez
pide perdon de sus yerros.

FIN.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de D. Luis de Ramos y Coria, Plazuela de las Cañas.